

La falacia ilusoria de los realistas y el realismo de los utópicos

Ignacio Sotelo *

EN un mundo en el que priva la desigualdad y la injusticia no habría por qué sorprenderse ante otra discriminación entre los que tienen y los que no tienen, en este caso, armas atómicas, si no fuera porque mientras que no se controlen, es decir, no se eliminen por completo este tipo de armas, el planeta está seriamente amenazado. Precisamente, cuando el fin de la guerra fría ha aumentado el riesgo de una conflagración atómica, al convertirla en algo mucho más incierto y aleatorio, se extiende el rumor, tan interesado como maligno, de que la paz de que hemos gozado en el último medio siglo en el hemisferio norte se habría debido a los efectos de la disuasión por el terror. El armamento atómico, lejos de constituir uno de los mayores riesgos de

* Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Libre de Berlín.

que un día pueda desaparecer la humanidad, habría que considerarlo la garantía de la paz, eso sí, siempre que quede en manos de unos pocos.

Como se dice del vino, que sería saludable en pequeñas dosis, así del armamento atómico, del que paradójicamente habría que congratularse de su existencia, ya que ejercería una disuasión convincente, eso sí, siempre que a él no tengan acceso más que unos pocos. Es significativo que las grandes potencias traten de conservar a cualquier precio la preeminencia que les concede disponer de estas armas, y para justificarlo vale cualquier argumento. Sólo unos cuantos Estados —aquellos que llegaron antes a la capacidad de fabricar bombas— tendrían derecho a conservarlas, mientras que los otros, la inmensa mayoría, habría que obligarlos a firmar el Tratado de no proliferación. El armamento atómico en manos de las grandes potencias tendría efectos beneficiosos; los riesgos estarían únicamente ligados a su difusión.

Al menos desde la perspectiva de los miembros del club atómico, mantener la separación entre los pocos, con armamentos atómicos, y la mayoría, sin él, sería la única política realista que garantizaría la paz. Pero justamente este tipo de discriminación es lo que no se puede mantener; mientras unos Estados dispongan de un arsenal nuclear, otros pretenderán obtenerlo. A la larga no hay otro modo de eliminar el peligro de una conflagración atómica que suprimiéndolo por completo. El afán de conservar el oligopolio atómico lleva consigo el que no se pueda impedir que vaya en aumento el número de países con armamento atómico. Primero fue uno, luego dos y así sucesivamente. Cada década que pasa son más los países que disponen o están en condiciones de fabricar armas atómicas. Mientras haya países con estas armas no se podrá impedir la proliferación, lo que lleva consigo que en alguna ocasión terminen por utilizarse. Cuantos más países dispongan de armas atómicas, más probable su empleo. El dilema que tenemos planteado reza: se elimina por completo el arsenal atómico, o bien, cada vez habrá más Estados con armas atómicas, siendo más probable su empleo. La evolución desde 1945 confirma esta tendencia, y no se conoce otro factor que pueda cambiarla, aparte de una prohibición general.

Lo que, en cambio, sí resulta tan ingenuo como poco realista, es que a la larga pueda mantenerse el actual oligopolio atómico. Llama la atención que los realistas, que consideran ilusorio el desarme nuclear de las grandes potencias, y que incluso se han atrevido a subrayar sus efectos positivos, sean tal ilusos para empeñarse en negar el hecho contundente

de la propagación de las armas nucleares, en un momento en que la tecnología es de dominio público y que muchos Estados cuentan con los recursos necesarios a la larga es inevitable.

En consecuencia, no queda abierta otra vía realista que la destrucción de todas las armas nucleares, tesis que la concesión del premio Nobel de la Paz de este año a un viejo combatiente antinuclear, Joseph Rotblat, ha puesto otra vez en primer plano de la actualidad. En la lucha por el desarme nuclear total, sin condiciones ni tardanza, es mucho lo que se juega la humanidad. Hay que congratularse de que una institución de prestigio nos lo recuerde, honrando a una persona que ha dedicado medio siglo a luchar por lo más obvio, a la vez que lo más imprescindible y urgente, el total desarme atómico.